ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA.

LEALTAD ARAGONESA,

EPISODIO DRAMÁTICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. PEDRO JOAQUIN ACACIO Y DUARTE.



MADRID.
CEDACEROS, 4, SEGUNDO.
1893.

LEALTAD ARAGONESA.

LEALTAD ARAGONESA,

EPISODIO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON PEDRO JOAQUIN ACACIO Y DUARTE.

1893.

IMPRENTA DE M. RAMOS.

REAL, 17.

PERSONAJES.

DON PEDRO.
JOSÉ.
EL PRESIDENTE DE LA JUNTA DE DEFENSA.
UN CORONEL FRANCÉS.
JUAN.
FERRARI.

Hombres del pueblo. Soldados.

La acción pasa en Zaragoza durante el primer sitio puesto á esta ciudad por el ejército francés en el año 1808.

À la Pilarica,

patrona de mi tierra,

El autor.

REPERTORIO DRAMÁTICO

(Para hombres solos)

EL CORAZÓN DE UN AMIGO, comedia en dos actos y en prosa. 5 personajes.
EL COMPROMISO DE UN PADRE, juguete cómico en un acto y en prosa. 5 personajes.
BUZÓN DE PETICIONES, comedia en un acto y en prosa. 6 personajes.
UN DIA DE MATANZA, drama trágico-fúnebre en un acto y en verso. 7 personajes.
¡¡RUIZ ZORRILLA!! pasatiempo cómico en un acto y en verso. 6 personajes.
DEL SEPULCRO AL HOSPITAL, drama fúnebre-fantástico en un acto y tres cuadros. 12 personajes.
LEALTAD ARAGONESA, episodio dramático en un acto y en verso. 6 personajes.

ACTO ÚNICO.

Habitación de casa de labrador rico de Zaragoza. Puertas laterales y en el foro. A la derecha en primer término una mesa junto á la pared, sobre la que habrá una imágen de la Virgen del Pilar, una lámpara encendida y recado de escribir. Muebles de época.

ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO.

(*Al levantarse el telón se oyen á intérvalos algunos cañonazos lejanos. Sale D. Pedro de las habitaciones de la izquierda, se queda escuchando en la puerta del foro, y despues de conveniente pausa dice:*)

El ruido de la batalla
y el fragor de la pelea
parece se vá extinguiendo.
¡Con que ansiedad mi alma espera!
Allí está luchando mi hijo
por la santa independencia
de la pátria, á quien pretende
la Francia poner cadenas.

(*Avanza al proscénio.*)
¿Que habrá pasado? Dios mio!...
¿Quedará su vida ilesa
entre el mortífero plomo
de esas hordas estranjeras?...
¡Sentír el estruendo horrible
del combate que le cerca;
saber que luchando se halla;
que la muerte le rodea,
y no poder allí estár
para que mi brazo sea
quien le tenga cuando caiga
ó le abrace cuando venza!
(*Pequeña pausa.*)
Herido ayer en la lucha
puedo sostenerme apenas,
que al robarme sangre el plomo
me robó las pocas fuerzas
que van dejando los años
á estos brazos y á estas piernas
que por ágiles y fuertes
nombradas de jóven eran.
Pero si el viejo no puede
acudir hoy á la brecha,
el jóven allí sabrá
demostrar con alma fiera
que en Zaragoza, uno puede
hacer lo que dos hicieran.
(*Pausa. Se oyen lejanas guitaras y bandurrias tocando la jota, qne se van aproximando.*)
Ya apenas suena el cañón,
y en cambio á sonar empiezan
las alegres vibraciones
de la jota aragonesa,
con que despues de la lucha
su triunfo el pueblo celebra...
(*Voces dentro cantando la copla siguiente. Don Pedro escucha y al terminar la canción y pasar la rondalla sigue diciendo.*)

CANTO.

«No le teme á los franceses
el pueblo zaragozano,
mientras que la Pilarica
le dé su amor y su amparo.»
(*Con entusiasmo.*)
De que tambien hoy vencimos
es esa jota la prueba!
Mientras haya quien la cante
Zaragoza no es francesa!....
Pero mi hijo.... vendrá?
Estará herido?... ¡Si hubiera!....
Alma, no oigas al cariño.
Padre, tu ansiedad refrena.
Hoy tu hijo no es tu hijo,
es un hombre que pelea
por defender de su pátria
la sagrada independencia.
(*Arrodillándose ante la Vírgen.*)
¡Vírgen santa del Pilar!
Madre cariñosa y buena
que nunca desamparaste
á los hijos que te ruegan;
llenos de llanto los ojos,
de cariño el alma llena,
escucha á este pobre viejo
que por su hijo hoy te ruega.
Si una vida es necesaria
para que la pátria venza,
á tus pies pongo mi vida,
pero la suya conserva!....

ESCENA II.

D. PEDRO y JOSÉ.

Este aparece por la puerta del foro. Trae un fusil en la mano derecha, que deja al entrar. El brazo izquierdo liado con un pañuelo manchado de sangre. Sobre el pecho

una cruz. Al aparecer se queda contemplando á D. Pedro con espresión de cariño, despues se adelanta y dice:

JOSÉ. ¡ Padre mio !

PEDRO. (*Levantándose y procurando disimular su emoción con fingida tranquilidad.*)
¡ Ola, muchacho !
Pronto has dejado tu puesto.
Es que se acabó la gresca?

JOSÉ. Rechazado, se vá huyendo
el ejército francés
de su trinchera á cubierto.

PEDRO. De modo que una vez más
vencedor quedó este pueblo
de esos soldados tan bravos
asombro del universo?

JOSÉ. Una vez mas Zaragoza
con valeroso ardimiento
ha probado que Aragón
y España, su pátrio suelo
no somete envilecido
á la ley del estranjero,
ni á la razón de la fuerza,
ni del temor al consejo.

PEDRO. (*Con ansiedad reparando en el brazo herido.*)
Pero que tienes aquí?
Y esta sangre? Es que te hirieron?

JOSÉ. No os alarmeis, padre mio.
No es nada; un leve agujero
que hizo una bala al tocar
en el brazo.

PEDRO. (*Reconociéndole con afán.*)
Y en el pecho?
A ver....

JOSÉ. No tengais cuidado.
La Vírgen de escudo llevo
con el santo escapulario
aquí por mi madre puesto.
Y ustéd, ¿como está?

PEDRO. Mejor.

La herida cerrada tengo,
y dentro de un par de dias
ya podré ocupar el puesto
que aquella maldita bala
me hizo dejar. Por supuesto
que habrás dejado tu nombre
tambien hoy con lucimiento?

JOSÉ. He cumplido mi deber.
Y ved esta cruz que ha puesto
en el campo de batalla
la Junta sobre mi pecho.
Ella os dará testimonio....

PEDRO. ¡Bien muchacho!... Así te quiero.
Nada, no hay que acobardarse,
que si aqui quedamos muertos
peleando por España,
pronto allí nos juntaremos.
(*Señalando al cielo.*)
Ya verás como mañana,
si á la muralla ir ya puedo,
á Zaragoza le pago
esa cruz que honra á tu pecho.

JOSÉ. No es preciso que vayais
del enemigo al encuentro,
para dar vuestros servicios
á la ciudad....

PEDRO. No comprendo.
Quieres que yo me esté aquí
muy tranquilo y muy sereno
estando ya fuerte y ágil,
mientras todos en su puesto
á donde el deber los llama
de gloria se están cubriendo?...
Ó estos muchachos ya creen
que no servimos los viejos,
ó quieren para ellos solos
las cruces.... ¡habrá muñecos!

JOSÉ. La Junta de la Defensa
hoy Presidente os ha hecho

de la sección encargada
de almacenes y graneros,
para que no falten víveres
á los soldados y al pueblo.
Ese es el puesto que os dá
Zaragoza en el asedio.

PEDRO. Pues que la Junta lo manda
sus órdenes obedezco.
Pero me agradaba mas
hacer á tu lado fuego,
y ver rodar las casacas
de esos franceses soberbios,
que ver si nos falta arroz
ó el pan sale malo ó bueno.

JOSÉ. Todo en un sitio es preciso.
Y es de importancia en estremo
que los víveres no falten
y todos disfruten de ellos,
pues derriba mas murallas
el hambre, que el plomo y fuego.

PEDRO. Pues se hará lo que se pueda;
que lo que importa es que el suelo
no pise de Zaragoza
la planta del extranjero.
Ahora á descansar un rato,
y á cerrar ese agujero,
que hoy de España es nuestra sangre,
y guardársela debemos.
Y Juan?

JOSÉ. Como siempre bravo.
Dijo se vendría al momento
que ayudára á recojer
en la batería unos muertos.

PEDRO. Bueno, pues entra y descansa
mientras que yo aquí le espero.

JOSÉ. Llamadme si la campana
anuncia algun movimiento.
(*Se marcha por la puerta izquierda.*)

ESCENA III.

D. PEDRO.

(Se queda un momento mirando por donde su hijo entró, con expresión de gozo.)

Así á la pátria se inmola
sangre, y vida, y alma fiera.
Así dó se alza altanera
siempre gloriosa tremola
nuestra Española bandera.
Así es fuerte una nación,
y asi puede conquistar
del mundo la admiración;
sabiendo por ella dar
sus hijos el corazón.
Sabiendo aquí contener,
y ocultar, y reprimir
gritos que puedan hacer
que el hombre no llegue á oir
la voz del pátrio deber.
Y hoy de esa voz el acento
vibrar ordenando siento
que olvide el padre que es padre,
aunque al hacerlo taladre
las fibras del sentimiento.
Que España se ve ultrajada
por una nación traidora
que de amiga disfrazada
la engañó en vil emboscada
para entrar conquistadora.
Y ante esa aleve traición,
y ante ese insulto que inflama
la española indignación,
la pátria á sus hijos llama
buscando reparación.
Y sus hijos á porfía
con valor inquebrantable,

probarán que todavia
son de la raza bravia
que hizo á España inconquistable.
Probarán con arrogançia
que son digna descendencia
de Sagunto y de Numancia,
y su santa independencia
no se hace esclava de Francia.
Por que si de otras naciones
los hijos ve encadenados
con hierro de sus cañones,
no tiene aun Francia forjados
para estos los eslabones.

ESCENA IV.

D. PEDRO y JUAN.

JUAN. (*Con un fusil al hombro que al entrar dejará en un rincón.*)
Tambien de esta hemos salido.
Por hoy ya hemos hecho alto.
PEDRO. Reñido ha sido el asalto.
JUAN. Si nos hemos divertido.
Mas la Virgen nos ampara,
y hoy como todos los dias
á esas francesas jaurías
hicimos volver la cara.
Con gran ímpetu á la vez
por cien puertas atacaron,
pero en todas estrellaron
su insolencia y su altivéz.
Huyendo como conejos
por lebreles perseguidos,
sus escuadrones vencidos
se vén huir á lo lejos.
PEDRO. No tardarán en volver
con mas fuerza y nuevo brio.
JUAN. Pues de su fuerza me rio.

Traigan todo su poder;
y esa soberbia francesa
forjada en otras naciones
se humillará á las canciones
de la jota aragonesa;
porque cada aragonés
la jota estará cantando
mientras esté taladrando
el corazón de un francés.

PEDRO. Mucho me agrada escuchar
ese patriótico acento,
eco fiel del ardimiento
con que sabreis pelear.

JUAN. ¡Otra! ¿Pues es que lo duda?

PEDRO. No lo dudo, y me alboroza
que hables así.

JUAN. A Zaragoza
nuestra Pilarica escuda.
Y mientras Ella esté allí
en su capillica de oro,
ni francés, ni inglés, ni moro,
nos pone la ley aquí.

PEDRO. Su celestial protección
no ha de faltarnos, de fijo.

JUAN. ¡Ya lo creo! ¿Pues no es su hijo
cada hijo de Aragón?
¿Y siendo Ella aragonesa,
vá á dejar sin más ni más
que venga el franchute, y zás,
en Zaragoza haga presa?
¡Pues eso tendria que ver!....
Un nudo aquí me vá á ahogar,
y ya siento á este llorar
(*Señalando al corazón.*)
de pensar que pueda ser.
¡Pues que se diria en España,
y en el mundo.... y en el cielo,
si pisáran este suelo
gentes de nación estraña!

(*Con fiereza*)
Zaragoza há de luchar
contra todos los franceses,
mientras haya aragoneses
y haya Virgen del Pilar!

PEDRO. ¡Bravo, Juan!... Asi me gusta.
Asi os quiero á todos ver
hasta morir ó vencer.

JUAN. La muerte no nos asusta.
¡Que importa morir al hombre
si al caer hecho pedazos,
la Virgen le dá sus brazos
y la pátria eterno nombre!

PEDRO. Al pueblo que cual tu siente,
y en ti estoy viendo á Aragón,
no hay extranjera nación
que ponga yugo en su frente.

JUAN. Y antes que ver triunfadores
entrar por nuestra muralla
deshecha por la metralla
á esos franceses traidores,
cegaremos nuestros ojos,
y la ciudad destruiremos,
y hombres y ciudad seremos
solo un montón de despojos.
Que el pueblo zaragozano
rendirse no sabe como,
mientras tenga un fusil plomo,
y acero tenga una mano.

PEDRO. ¿Y no habrá ningun traidor
que cegando de oro al brillo
abra al francés un portillo?....

JUAN. No penséis eso, señor.
Del patriotísmo en el cielo
Aragón como sol brilla.
De la traición la semilla
jamás brotó en este suelo.
(*Se oye la rondalla que se vá otra vez acercando*)
Escuchad esas canciones.

Oid á ese pueblo fiero
que vá cantando altanero
ante enemigos cañones,
y decid si la traición
por codicia ó cobardía
puede anidar algun dia
dentro de su corazón.
(*Voces dentro cantando*).

CANTO.

«Cuando el Ebro esté sin agua,
y Aragón sin su patrona,
y nuestro pecho sin sangre,
se rendirá Zaragoza.»
(*Se aleja la rondalla.*)

PEDRO. Tienes razón. Nobles hijos
de raza invencible y fiera,
(*Con entusiasmo.*)
¡valor! que de Europa entera
aquí están los ojos fijos.
Probadle con arrogancia
que en nación que hay patriotismo
es mentido ese heroismo
de los soldados de Francia.

JUAN. ¡Si viera ustéd el afan
con que hoy todos peleaban,
y la muerte despreciaban!...

PEDRO. ¿Y mi hijo? Dime, Juan,
se ha portado con valor?....
Hice yo allí falta?....

JUAN. Falta?
Aun aquí el gozo me salta
por lo que ha hecho, si señor.
¡Vaya una sangre caliente!
¡Y vaya un higado duro!

PEDRO. Estuvo valiente?....

JUAN. Os juro
que estuvo mas que valiente.

PEDRO. De orgullo mi alma se abrasa!
Que ha hecho?

JUAN. Con rudo empuje
como torrente que ruge,
como tempestad que arrasa,
una división francesa
ébria de ira y de corage
al ver les niega homenage
la bravura aragonesa,
con tal ímpetu atacó
del Cármen trinchera y puerta,
que con su metralla, abierta
pronto ancha entrada dejó.
Avanzando con arrojo,
creyendo el triunfo seguro,
ya casi llegan al muro
de sangre española rojo.
Ya viendo el ancho portillo
Francia, necia, se alboroza,
pues por él en Zaragoza
vá á entrar á saco y cuchillo.
No ve un solo defensor
que se le pueda oponer,
por que hizo á todos caer
con su plomo arrasador.
Solo muertos y agonia,
y de sangre roja charca,
es lo que su vista abarca
en aquella bateria.
Ni el cañón rugiente estalla,
ni el fusil hiere certero,
ni hay corazones de acero
que sirvan ya de muralla.
Con decisión arrogante,
los escuadrones primeros
van abanzando ligeros
con su bandera delante.
Ya de esta Ciudad bravía
su planta la tierra toca....
ya llegan casi á la boca
de la muda batería.

Nadie se puede oponer;
nadie allí puede acudir;
quien vaya, marcha á morir
sin la ilusión de vencer....
De pronto en el fondo horrible
del cuadro que presentaba
la trinchera que asaltaba
aquella legión terrible,
á un hombre se ve surgir....
lleva una mecha en la mano....
y del cañón mas cercano
el fuego se ve salir.
Como abre el surco la reja
de aquél cañón la metralla
en la extranjera canalla
sangriento ancho surco deja.
Sereno, sin vacilar,
aquél héroe estiende el brazo
y un segundo cañonazo
cien vidas hace apagar.
En deshecha confusión
el enemigo se agita:
¡Viva Zaragoza!... grita
aquél hijo de Aragón,
y luchando cara á cara
contra tanta arma enemiga,
no hay quien matarlo consiga,
por que esa Virgen lo ampara.
Ante el ejemplo de aquél,
los que mas próximos se hallan
en fiero entusiasmo estallan
y se lanzan en tropél
para cubrirse de gloria
al lado del temerario
que está arrancando al contrario
su ya segura victoria.
Y con fiereza atacando
de Francia á los batallones,
no son hombres, son leones

que van la muerte sembrando.
Son uno por cada cien,
mas por esto no se abaten.
Españoles que combaten
jamás el número ven.
En sangrienta confusión
y en haz estrecho se enlazan,
y para herirse se abrazan
buscándose el corazón.
Ya el plomo nada allí vale.....
allí solo se acuchilla;
y á cada acero que brilla
de un pecho una vida sale.
Los franceses se detienen
llenos de asombro y espanto,
y ván llegando entre tanto
los que en nuestro ausilio vienen.
Y la batalla se aumenta,
y se aumenta la matanza,
y crece nuestra pujanza,
y nuestro ardor se acrecienta.
Y atacando sin cesar,
y despreciando la vida
por nuestra pátria querida
y la Virgen del Pilar,
al fin conseguimos ver
á los franceses huir
no pudiendo resistir
nuestro fiero acometer;
y en humillante derrota
plegada vá su bandera....
¡mientras la nuestra altanera
sobre la muralla flota!

PEDRO. Y quien el valiente fué
que en este glorioso dia
demostró tal bizarría?
(*Con ansiedad.*)
Su nombre, pronto.

JUAN. José.

Vuestro hijo.

PEDRO. (*A la Virgen.*) ¡Madre mia!....
de mi gratitud en prenda
esta lágrima es la ofrenda
(*Sollozando de placer.*)
que mi corazón te envia.

JUAN. Bien orgulloso, señor,
podeis de vuestro hijo estar.

PEDRO. La vida al sacrificar
de nuestra pátria en honor,
no hacemos mas que cumplir
deber que todos tenemos.

JUAN. Pues por eso pelearemos
hasta triunfar ó morir.
Pero esta tarde si no es
por el valor de vuestro hijo,
en Zaragoza, de fijo,
entra triunfante el francés;
pues cada cual peleando
en su puesto, no veia
que en aquella bateria
ningun hombre iba quedando;
y su abierto boquerón
al contrario paso daba,
si un héroe no lo tapaba
con su fiero corazón.
Pero el héroe estubo allí;
otros despues le ayudamos;
á los franceses pegamos....
y ya nos tiene usté aquí.

PEDRO. Bien se, bravo Juan, que tu
no le habrás abandonado
y habrás estado á su lado....

JUAN. Eso si, ¡por Belcebú!
Cuando á la brecha llegó,
allí de verguenza muero
si llegando él el primero,
no llego el segundo yo.
Y bien que brilla á la luz

la prueba de lo que digo.
(*Con satisfacción y señalando á la cruz que tiene colgada en el pecho.*)
Aqui traigo este testigo....

PEDRO. ¡Tambien en tu pecho hay cruz!

JUAN. Sobre el campo de batalla,
con dos cruces se ha premiado
á dos que hoy han evitado
que entre aqui esa vil canalla.
Una de ellas aqui está.
Y bien ganada, ¡por Cristo!
La otra.... ya la habreis visto
(*Con gozo.*)
sobre el corazón que vá.

PEDRO. (*Abrazándole emocionado.*)
Entre mis brazos te estrecho,
y ante esta cruz siento envidia.
Si hoy vá este viejo á la lidia
otra cruz hay en su pecho.
(*Se marcha por la puerta que se fué José.*)

ESCENA V.

JUAN, EL CORONEL y FERRARI.

(*Cuando lo marca el diálogo aparecen el Coronel y Ferrari por el foro. El primero embozado. Viste traje español de la época.*)

JUAN. ¡Otra!... ¡Pues no estoy llorando
como si fuera un chicuelo!....
¡Si me vieran los franceses!....

FERR. Están tus amos?

JUAN. Ahi dentro.
(*Aparte.*)
(No me gusta este avechucho....
¿Quien será su compañero?)

FERR. Diles que tengo que hablarles
de asunto que urge en estremo,
y que vengo acompañado

de quien solicita verlos.

JUAN. Há poco se retiraron
á descansar un momento,
y si podeis esperar....

FERR. No es posible, que urge el tiempo,
y el asunto no dá espera.

JUAN. Iré entonces... ¿Que te has hecho
que hoy no te ví en el ataque
con el fusil en tu puesto?

FERR. Tube otra cosa que hacer
que me impidió.... mas te ruego
que pases pronto el recado.

JUAN. (*Aparte.*)
(A este Ferrari lo tengo
hace tiempo atravesado.
Tampoco me gusta el cuervo.)
(*Mirando al Coronel al marcharse.*)

ESCENA VI.

EL CORONEL y FERRARI.

COR. Y creés tú que aceptarán
mis proposiciones?

FERR. Creo
que trabajando el asunto....
y siendo importante el precio....
al fin y al cabo es posible
que entren en cuentas.

COR. En premio,
si su ayuda nos atraes,
del General orden tengo
para doblarte la suma
que ofrecida te tenemos.

FERR. Despues que vos les hableis,
si vacilan, os ofrezco
inclinar su voluntad
en pró de nuestro proyecto.
Pero antes creo conveniente

que á solas trateis con ellos,
simulando que en la calle
me hallásteis sin conocernos,
y me presté á acompañaros
la casa vos no sabiendo.

COR. Está bien. ¿Y son personas
de influencia con el pueblo
para hacerle que desista
de ese bélico ardimiento
que hoy en contra de nosotros
demuestra en la lucha fiero?

FERR. No hay persona en Zaragoza
que tenga mas valimiento,
ni que sea mas respetado
por la gente, que Don Pedro.
Aunque le veais vestido
con el traje que usa el pueblo,
y no halleis aqui apariencia
ni ostentación de dinero,
es el labrador mas rico
del pais.

COR. Entonces temo
que si es tal su posición
con oro no le compremos.

FERR. Pero podeis alhagarle
con honorificos premios.
Y como es padre, tal véz
satisfaga á sus deseos,
si un porvenir le pintais
de esplendor y goces lleno,
en que su hijo figure
de la Corte en alto puesto.

COR. De que abrace nuestra causa
ya veré por todos médios.
¿Un hijo dices qué tiene?

FERR. Si señor; y que es por cierto
el que esta tarde impidió
con aquél arrojo nécio
que por la puerta del Cármen

penetrara vuestro ejército.

COR. ¡Acción fué digna de un héroe!...
Bravo es sin duda el mancebo.

FERR. (*Aparte.*) (Para mi condenación
hasta este admira sus hechos.)
Cualquiera puesto en su caso
hace lo que él hizo.

COR. En eso
no estoy conforme contigo.
Por que aun su contrario siendo,
y en la derrota de hoy
tenga parte su ardimiento,
yo que le miré luchar
de la vida con desprecio
arrogante y decidído
á él solo contra quinientos,
declaro que es necesario
ser muy valiente y muy fiero
y el alma tener muy brava
para hacer lo que él ha hecho.

FERR. La lucha enfurece y ciega,
y ya metido en el fuego,
para ser valiente un hombre
solo necesita....

COR. (*Interrumpiéndole.*) Serlo.
Como el cobarde, cobarde
lo será en todo momento.

FERR. Ya creo salen. (*Aparte.*) (De la red
entre las mallas ya os tengo.)

ESCENA VII.

DICHOS, DON PEDRO y JUAN.

PEDRO. Que necesitas hablarme
me ha dicho Juan.

FERR. Así es.
Aunque no precisamente
soy quien os busca.

PEDRO. ¿Pues quien?...

FERR. Este señor, que en la calle
hace un momento encontré,
y díjome si sabia
en donde vivia ustéd.
Me he ofrecido á acompañarle,
y en nombre suyo os llamé.

COR. Si os molesté, dispensadme.

PEDRO. Vos me buscais? Y saber
puedo á quien tengo el honor?....

COR. A solas os lo diré.
Que el asunto que me trae
de reserva ha menester.

JUAN. (*Aparte.*)
(No me gusta este misterio
siendo el conductor quien es.)

FERR. Pues terminó mi misión
y á solas hablar teneis,
con Dios quedad.

COR. Muchas gracias.

FERR. (*Bajo al Coronel.*)
En el puente me hallareis.
(*Aparte al marcharse.*)
(Ahora á realizar mi plan.)
(*Don Pedro indica á Juan que se marche.*)

JUAN. (*Aparte al marcharse.*)
(Mal me sospecho, pardiez,
mediando tu en el asunto.)

ESCENA VIII.

DON PEDRO y EL CORONEL.

PEDRO. A vuestra órden me teneis.

COR. Antes que el objeto os diga
con que á vuestra casa vengò,
debo advertiros que soy
aunque en español me expreso,
hijo de un pueblo que está

en guerra con vuestro pueblo.

PEDRO. (*Con sorpresa.*)
¿Sois francés?... El corazón
no me ha sido infiel al veros.

COR. De las tropas sitiadoras
coronel de un regimiento.

PEDRO. ¿Y siendo enemigo mio,
de España enemigo siendo,
y atacando á Zaragoza,
tubisteis atrevimiento
para venir á mi casa?....
¡Muy mal con la vida os veo!

COR. Cumplo una órden. Soy soldado;
y al deber obedeciendo,
aunque la muerte me espere,
marcha, el deber dijo, y vengo.

PEDRO. Eso ya os abona algo
y os salva en este momento.
Aunque francés sois valiente.
Pero, por Dios, decid presto
el motivo que aqui os trae,
y cuanto antes acabemos,
que me parece que está
toda Zaragoza viéndonos,
y siento un calor aquí
(*Indicando el rostro.*)
que sufrir me hace en estremo.
¿A qué venís? ¿Quien os manda?
(*Con enojo.*)
¿Quien os guió? Terminemos.

COR. Tened calma, y reparad
que en vuestra casa me encuentro.

PEDRO. Pues si eso no reparara,
y no os escudara el pecho
pensar que aqui habeis venido
solo á un mandato cumpliendo
sin duda por que el que os manda
ignora á lo que os ha espuesto,
¿creeis que ya de los dos uno

no hubiera rodado muerto?

COR. Dad tregua al rencor que abriga
contra Francia vuestro pecho,
y hablemos tranquilamente
olvidando en el momento
que enemigos por la guerra
son vuestro pueblo y mi pueblo,
y si amigos no quedamos
al asaltar nos veremos.

PEDRO. Como á huésped os escucho.
Como á francés os advierto
que las trincheras del puente
mando mañana, y espero
con su coronel al frente
allí á vuestro regimiento.

COR. Confio que como amigos
esta noche quedaremos.

PEDRO. ¿Amigo un zaragozano
de un francés? ¡Estaria bueno!
Enemigos leales.... puede.
¿Pero amigos?... Yo no puedo
dar ese sagrado nombre
á un verdugo de mi pueblo.

COR. (*Aparte.*) (No se vende este baturro,
ó prepara bien el precio.)

PEDRO. (*Impaciente.*)
Decid pues á que venis?

COR. En nombre de Francia vengo,
á brindaros con la paz
de Zaragoza en obsequio.

PEDRO. Jefes tiene Zaragoza.
(*Con desden.*)
Id á entenderos con ellos.

COR. Como á intermediario os busco.

PEDRO. (*Conteniendo su enojo.*)
Poco en diplomacia entiendo.

COR. Mi general ha sabido
la influencia que en el pueblo
teneis vos, y vuestra ayuda

busca para convencerlo,
de que le conviene mas
que defenderse soberbio,
de Zaragoza las puertas
abrir de Francia al ejército.

PEDRO. (*Reprimiendo la ira.*)
Y.... que más?

COR. El general
de vuestro servicio en premio
os ofrece....

PEDRO. (*Interrumpiendole con rudo acento en que revele la indignación.*)
¿Cuanto ofrece?

COR. Un millón.

PEDRO. Bajo es el precio.
Poco estima á Zaragoza.
O del valor de este pueblo
mal concepto aun ha formado,
ó mucho fia en su ejército.

COR. ¿La oferta estimais en poco?
Fijad cantidad.

PEDRO. (*Con aparente calma en que se advierta el corage que lo domina.*)
Primero
dejad que cubra á esta imágen
(*Por la que hay sobre la mesa. La cubre con una gasa negra que habrá al efecto.*)
para que no vea á este viejo
hablando con vos. Ahora,
y ved sí os hablo sereno
apesar de esas palabras
que cual bofetadas siento,
sabed, que para evitar
protegieran vuestro ejército
del fuego de las trincheras
con que asi á raya os tenemos,
hice arrancar olivares
y destruir viñas y huertos
que ó yo puse con mis manos,

ó heredé de mis abuelos,
y que valian cuatro veces
ese millón.... que desprecío.
Y en vino de mis bodegas,
y en trigo de mis graneros,
he dado mas, mucho más,
para que coma ese pueblo
que por su pátria dia y noche
se bate invencible y fiero.
Con que ya podeis juzgar
(*Con desden.*)
si me venderé.... por eso.

COR. Si el oro no ambicionais,
honores brindaros puedo
del Emperador en nombre,
si os poneis al lado nuestro.

PEDRO. ¡Honor venis á ofrecerme
de infame traición en premio!
¿Pues que es el honor en Francia?....
(*Con dignidad.*)
¡Dad á Francia mas respeto!

COR. (*Aparte.*)
(¡Vive Dios, que me averguenza
con sus palabras el viejo.)

PEDRO. Vamos claros, coronel.
Buscais un traidor, ¿no es esto?

COR. Busco un hombre que comprenda
que es temerario el empeño
de luchar una ciudad
sin muralla y sin ejército,
contra el vencedor de Jena,
de Austerliz y de Marengo.
Y antes que verla arrasada
entrando en ella á deguello
ese hombre nos ayude
á calmar el ardor bélico
de sus locos moradores
y como amigos entremos.

PEDRO. ¿Locos llâmais á los hombres

que de la lealtad al fuego,
y á impulsos del amor pátrio
ván á la muerte serenos;
y cien vidas que tuvieran
dieran con gusto, primero
que ver á su pátria esclava
del yugo de un extranjero?....
¿Y eso lo dice un soldado
de Napoleón primero?....
Ó en vuestros famosos triunfos
venció el oro, no el acero;
ó no conoceis á España;
ó el valor de vuestros pechos
se convirtió en cobardía
al pasar los Pirineos.

COR. Ved lo que decís.

PEDRO. Yo digo
siempre todo cual lo siento.
Los héroes de cien batallas;
los triunfadores ejércitos
que al tronar de sus cañones
derriban tronos y pueblos;
los que ébrios de tanta gloria
ya invencibles se creyeron;
los que en su triunfal carroza
yugo á la Europa pusieron,
hoy humillados se encuentran
por aragoneses tercos,
y quieren ver de comprarlos
ya que no pueden vencerlos.

COR. Me insultais, y á mi nación
insultan esos conceptos.

PEDRO. Lo que he dicho, coronel,
como á bien tengais, tenedlo.
Vuestras ofertas, mis canas
han insultado primero.
Y lo que en mi casa os digo
mañana fuera os sostengo.

ESCENA IX.

DICHOS, y JOSÉ.

JOSÉ. *(Que habrá estado escuchando desde la puerta los últimos versos que dice Don Pedro.)*
Y lo que mi padre dice
yo, coronel, lo mantengo.
Y añado que es vil oficio
el que aquí os trajo encubierto,
y deshonra al uniforme
de un soldado del Imperio.

COR. Vive Dios, que esas palabras
retirais, ó al punto quiero
me las pagueis con la vida.
(El Coronel y José se disponen á acometerse, y Don Pedro se interpone conteniéndoles.)

PEDRO. Quieto el brazo. El tuyo quieto.
Estais señor en mi casa,
sois un enemigo nuestro,
y mientras en ella esteis
sois sagrado, y yo os defiendo.
Que luego podría haber dudas
de lo que pasó aquí dentro.

COR. Por el honor de la Francia;
por mi propio honor, no puedo
consentir que se me ultraje.
Que si altivo es vuestro pecho
y por valiente os teneis,
mi altivez probada tengo
y mi valor demostrado,
con la sangre de mi pecho
las banderas de mi pátria
de gloria y honor cubriendo.

JOSÉ. Para que lave el soldado
lo que manchó el mensagero,
mañana al romper el dia
junto al Portillo os espero.

COR. ¡Muy larga la noche es!

JOSÉ. Os doy de vida ese tiempo
para que el hecho no quede
velado por el misterio.

PEDRO. Ya deben callar las lenguas
pues han de hablar los aceros.

JOSÉ. Partid pues. Y al General
decid: que al dar cumplimiento
á la misión.... desgraciada
con que poca honra os ha hecho,
habeis podido aprender
que en los hijos de este pueblo
no hay ninguno que se halle
para la traïción dispuesto;
y que morir sabrán todos
dando de lealtad ejemplo,
antes que ver la ciudad
en poder de vuestro ejército.

COR. Pues el que ayer con sigilo
llegó á nuestro campamento
ofreciendo al General
facilitarle los medios
para entrar en la ciudad,
é indicó los nombres vuestros
como personas propicias
á servir de medianeros,
hijo de este pueblo era
por su traje y por su aspecto.
De modo que esa lealtad....
(*Con ironía.*)
tiene sus más y sus menos.

JOSÉ. (*Con furor.*)
¿Y quien el villano fué?
¿Quien es el inmundo engendro
de alguna bastarda sangre,
que así nos deshonra artero?
Su nombre decidme pronto
para arrancar de su pecho
el infame corazón
que abrigó tan vil intento.

Si teneis madre que os ame,
por vuestra madre os lo ruego.

COR. (*Aparte.*)
(Con los hombres de esta raza
se conquista al universo.)
(*Alto.*)
El deber sella mi labio.
Su nombre decir no puedo.

PEDRO. No es preciso, por que el alma
su nombre me está diciendo.
Ferrari. Ví su traición
al verle en este aposento.

JOSÉ. Acción es digna de él,
y alguna trama recelo
con que el infame pretenda
vengar amantes despechos.
Por miserables rencores
es mi enemigo hace tiempo.

PEDRO. Pues sin mancha que la enlode
ni empañe su brillo excelso
sigue la lealtad heróica
del zaragozano pueblo.
Ferrari no es de Aragón
ni nació en Ispano suelo.
Sus padres con él, de Italia
emigrados se vinieron.

COR. ¿Recelais en su conducta
algun malvado proyecto?

PEDRO. Todo cabe en alma ruin
á quien el odio dá aliento.

COR. Pues terminó mi misión
me retiro, y mucho siento
por el bien de esta ciudad
no podamos entendernos.

PEDRO. Coronel, en lo imposible
no insistais que es perder tiempo.

JOSÉ. Zaragoza luchará
sin tregua ni desaliento,
mientras quede un solo hombre,

y mientras tenga cimientos.

COR. Pues me agrada ese valor.
Y francamente os advierto
que admiración me produce
vuestro patriótico fuego.

PEDRO. (*Descubriendo á la Vírgen.*)
Ya puede vernos la Vírgen
y aquí el rubor ya no siento.
(*Indicando el rostro.*)

COR. Ahora, no como amenaza,
ni con insidioso intento,
pues de sobra he conocido
la lealtad de vuestros pechos,
os diré que es temerario
é imposible vuestro empeño
de evitar que en Zaragoza
conquistadores entremos.
Con diez mil hombres se aumenta
esta noche nuestro ejército,
y no podreis resistir
mañana el terrible asedio.
(*Don Pedro se sienta á la mesa y escribe.*)

JOSÉ. Segun aviso que hoy
nos ha traido un mensagero,
Palafox con tres mil hombres
que logró reunir, ligero
á la ciudad se dirige,
y en estando aquí con ellos,
y en viéndolo á nuestro lado
la defensa dirigiendo,
ya podeis pedir mas tropas,
y cañones, y morteros....
y corazón sobre todo
que es lo que sobra á este pueblo.

COR. No alenteis esa esperanza;
pues su venida sabiendo
para evitar que entrar pueda
todo dispuesto tenemos.
Ni por sorpresa nos burla

ni nos vence por esfuerzo,
que por cada uno que traiga
con veinte le atajaremos.

JOSÉ. Cabeza y corazón tiene
para lograr sus intentos,
y no olvideis que españoles
son los que forman su ejército.

COR. Como no entre por el aire....

JOSÉ. El de entrar verá los medios.

COR. No abrigueis esa ilusión
ni espereis ese refuerzo.
Quien entra mañana aqui
victorioso, es nuestro ejército.

PEDRO. (*Que ha concluido de escribir.*)
Hemos jurado luchar
mientras tengamos aliento,
y este pueblo ante la muerte
no falta á su juramento.
Conque lo mismo nos dá
que nos mate uno que ciento.
Si entrar Palafox no puede
y sin su ayuda nos vemos,
y esta su amor nos retira,
(*Señalando á la Vírgen.*)
y por fin el triunfo es vuestro,
no una ciudad hallareis;
hallareis un cementerio.
(*Entregando al Coronel el pliego que ha estado escribiendo.*)
Os ruego que al General
Verdier le deis este pliego.
(*Llamando*) Juan.

ESCENA X.

DICHOS y JUAN.

JUAN. (*Entrando.*) Señor.

PEDRO. Al caballero
hasta que se halle seguro

vé acompañando, y te advierto
que es francés, y me respondes
de su vida con tu cuello.

JUAN. (*Aparte*)
(¡Pues vaya una compañía!)
(*Aparte á José.*)
(¿Lo mato al salir?)

JOSÉ. (*Aparte á Juan.*) (Silencio.
Por nuestro honor vá escudado.)

PEDRO. Podeis partir.

COR. Hasta luego.
(*A José*)
Al romper el dia os aguardo.

JOSÉ. Donde os he dicho os espero.

COR. Sentiré con vuestra sangre
teñir la hoja de mi acero.

PEDRO. Dios, allí de España y Francia
dé amparo al mejor derecho.

JUAN. (*Aparte cogiendo su fusil.*)
¡El lobo guardian de ovejas!....
Si me ven los compañeros!...
Cuando querais. (*Al Coronel.*)

COR. (*Despidiéndose.*) Dios os guarde.
(*El Presidente de la Junta de defensa aparece por la puerta del foro seguido de guardias y gente del pueblo.*)

ESCENA XI.

DICHOS, EL PRESIDENTE y GUARDIAS.

PRES. Esperad.

JUAN. (*Aparte dejando el fusil.*)
(¡Un francés muerto!)

JOSÉ. (*Aparte.*)
(¡Cielo santo! Ya adivino....)

PEDRO. (*Aparte*)
(¡Que la Vírgen nos socorra!)

PRES. (*A los guardias.*)

Que nadie salga de aquí.
Guardad las puertas.

PEDRO. (*Dominándose.*) ¿La honra
me dirás á que le debo
que el Presidente en persona
de la Junta de Defensa
venga á mi casa á estas horas
de la manera que viene?

PRES. Vengo, Pedro, por que sobra
la cabeza de un traidor
esta noche en Zaragoza,
y por ella estoy aquí.

JOSÉ. (*Con ira y arrebato.*)
¡Aquí traidores?...

PEDRO. (*Con calma.*) Reporta
muchacho tus impaciencias,
que hablar aquí no te toca.
(*Al Presidente.*)
Cuando por ella aquí vienes
que está sin duda te consta.

PRES. Y si con duda viniera
ese embozado la borra.
(*Al Coronel con autoridad.*)
Señor Coronel francés
daos á prisión.

PEDRO. Su persona
es sagrada en esta casa
mientras yo aliente con honra.

PRES. Pues ya con honra no alientas,
que la traición te la roba.

PEDRO. ¡Yo traidor!.... ¿Yo?.... ¡Virgen mia,
dadme calma para que oiga
ese insulto, sin que arranque
la lengua al que me lo arroja!

JOSÉ. (*Con furor.*)
Si á la Autoridad no viera
que cubre á vuestra persona,
en donde mi padre pisa
os hacía besar ahora.

PRES. Esas altivas palabras
mal cuadran con vuestras obras;
y mancillas esa cruz
con qué premié acción gloriosa.
¡Fuera esa cruz de ese pecho
que la infama y la deshonra!
(Se dirige á José para arrancarle la cruz. Este retrocede, saca un cuchillo de la faja y dice con fiereza.)

JOSÉ. ¡Atrás! Quien toque á esta cruz
muere á mis pies.....
(Don Pedro dominando el cuadro se dirige en un arranque de dignidad ofendida á su hijo y de un tirón rápido le arranca la cruz del pecho. Este dice «¡Padre!» como un grito de desesperación loca y deja caer el cuchillo cubriéndose la cara con las manos para ocultar los sollozos. El relieve de este cuadro queda al talento de los actores.)
¡Padre!....

PEDRO. *(Con entereza.)* ¡Llora!
Que el llanto no es cobardía
si el alma sale en sus gotas.
(Se dirige con magestad á la mesa donde está la imágen de la Vírgen y deja ante ésta la cruz.)
En depósito la pongo
ante tus plantas, Señora,
y por juez en esta causa
nuestro honor, Madre, te nombra.
(Dirigiéndose al Presidente.)
¿Que pruebas tienes, Lorenzo,
si alguna prueba te abona,
para cubrir estas canas
de infamia tan afrentosa?....
Contesta.

PRES. Te han delatado
de que viles tratos osas
con el francés sitiador,
para que entre en Zaragoza

venciendo con el dinero
lo que no puede con tropas.

COR. (*Con tono de amenaza.*)
¡Vive Dios!....

PRES. La acusación
la confirma esa persona.
(*Señalando al Coronel.*)
¿Con qué objeto viene aquí
que así se oculta en las sombras?...

PEDRO. Coronel, hablad, y brille
la verdad en vuestra boca.
Como hombre, os lo demando.
Como militar, la honra
de vuestra pátria os lo pide.
Ésta, cristiano, os exhorta.
(*Por la Vírgen.*)
Á honor que aquí se mancilla
á vos defender os toca.

COR. (*Adelantándose y con tono y ademan solemnes.*)
Ante esta imágen bendita
de vuestra santa Patrona;
por mi fé de caballero;
de militar por la gloria
de la bandera francesa
que en mi regimiento flota,
juro que vine á esta casa,
donde el patriotismo mora,
engañado por un hombre
que tras venganza alevosa
me convirtió en instrumento
de inícuo plan y vil obra.
Juro que son inocentes,
y miente la infame boca
que traidores los acusa.
Su lealtad brille sin sombras,
que con hombres como estos
no faltará á España gloria.

PRES. (*A los guardias.*)
Pasad á Ferrari.

(*José al ver entrar á Ferrari trata de arrojarse sobre él. Don Pedro se interpone.*)

ESCENA XII.

DICHOS y FERRARI.

JOSÉ. ¡Infame!
¡Tu sangre lave mi honra!
PEDRO. Silencio, que allí está el juez
(*Señalando á la Vírgen.*)
que ha de sentenciarlo.
JUAN. ¡Otra!
Pues de esta nadie lo libra.
(*Poniendo una bala al fusil.*)
PRES. (*A José.*) Castigarle no te toca,
que otro castigo le espera
probada su acción traidora.
FERR. ¿Es que se me trae aquí
para atropellarme?...
PRES. Ahora
repite la acusación
que has hecho de estas personas.
¿En lo dicho te confirmas?
FERR. La verdad dijo mi boca.
PEDRO. Tu boca es tan embustera
como vil tu alma alevosa.
PRES. Coronel, ¿le conoceis?
COR. Sí.
FERR. ¡Falso!
PRES. Callar te toca.
COR. Este ha sido el miserable
que con astucia engañosa
á nuestro campo ayer fué,
y con promesas traidoras
engañando al General
para realizar su obra,
hízo viniera yo aquí,
y á estos nobles patriotas

hiciera proposiciones
que haber hecho me sonroja,
por la altiva dignidad
que hallé en sus almas heróicas.
Si dudais de mis palabras
mi General las abona;
que nuestro honor de soldados
con mentiras no se enloda.

PRES. ¿Que contestas? (*A Ferrari.*)

FERR. Que pues veo....
que todo se pone en contra....
y que á morir voy por torpe....
(*Lanzándose rápidamente sobre José tratando de herirlo con un puñal.*)
así se venga quien odia.

JUAN. (*Sugetándole y desarmándolo.*)
¡Si no te quitaba ojo
que te conozco de sobra!...

PRES. Sacadle. Esa es la cabeza
que hoy sobraba en Zaragoza.
Que con ella pague al punto
sus infamias vergonzosas.

JUAN. Yo me encargo de cobrarle
esa cuenta. Andando.
(*Empujándolo hácia la puerta. Varios hombres del pueblo le ayudan y salen con el.*)

ESCENA XIII.

DICHOS menos JUAN y FERRARI.

PRES. Ahora
perdona, Pedro, el insulto
que si pronunció mi boca,
fué creyendo que á la pátria
era vuestra fé traidora.
(*Abrazando á Don Pedro. Despues toma la cruz de la mesa y se la pone á José en el pecho.*)
Con gusto te la devuelven

la Vírgen y Zaragoza.

JOSÉ. De gloria sabré cubrirla.

PEDRO. (*Con gozo, señalando á la Vírgen.*)
No eligió mal juez mi honra.

PRES. Coronel, libre quedais.
Hoy este pueblo os perdona;
que á deudores de su honor
solo en la batalla cobra.

COR. ¡Admiro tanta nobleza,
y tanta hidalguía me asombra!

PEDRO. Sed de sangre aquí no abrasa.
Aquí abrasa sed de gloria.
(*Se oye dentro una descarga de fusilería.*)

PRES. (*Con solemnidad.*)
¡Del que por traidor perece,
Dios el espíritu acoja!....
y á todos sirva de ejemplo
esa leccion dolorosa.

PEDRO. Para que duda no quede
del cariño que atesora
para su pátria este viejo,
y este á quien su cruz abona,
(*Por José.*)
dadme Coronel la carta
que os entregué. De las tropas
francesas al General
vá en nombre de Zaragoza.
(*Coge la carta que le dá el Coronel y se la entrega al Presidente.*)
Leé, para que todos sepan
como Pedro Nuñez obra.

PRES. (*Leyendo.*)
«General: Aun no ha nacido
«el traidor que á Zaragoza
«quiera vender. A este pueblo
«con dinero no se toma.
«En vez de preparar oro
«que para aquí está de sobra,
«mucho plomo preparad,

«y preparad muchas tropas
«dispuestas á que en la lucha
«su sangre á torrentes corra:
«que en España las murallas
«solo con sangre se compran.»

PEDRO. Eso digo contestando
á ofertas de quien ignora
sin duda, que en Aragón
no se venden esas cosas.

PRES. Y añadid al General
que Lorenzo Calvo Rozas
que ahora está representando
de Palafox la persona
mientras ausente se halla,
le dice que con sus tropas
no ha de entrar conquistador
en la ciudad, mientras pólvora,
y acero, y vida nos quede,
y esta sea nuestra Patrona.
(*Señalando á la Vírgen.*)

COR. ¡Mucho fiais en vuestro aliento!

PRES. Donde lealtad y alma sobra,
ni se cuenta al enemigo,
ni nada la muerte importa.
(*Se oye dentro una música militar tocando marcha guerrera.*)

PEDRO. ¿Que es eso?.....

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, JUAN y HOMBRES DEL PUEBLO.

JUAN. (*Entra muy alegre dando saltos.*)
¡Viva Aragón,
y la Pilarica hermosa!....

PRES. ¿Que sucede?

JUAN. Palafox
que está entrando con sus tropas.
¡Que vengan ahora franceses

á buscar aquí camorra!
¡Viva Zaragoza! (*Gritando.*)

PUEBLO. ¡Viva!

JOSÉ. ¡Viva España! (*Idem.*)

PUEBLO. ¡Viva!

PEDRO. (*Al Coronel.*) Ahora
decidnos si á esta ciudad
se la rinde, ó se la compra.

PRES. (*Dirigiéndose con entusiasmo al pueblo.*)
¡Zaragozanos!.... Valor!
Seguid cubriéndoos de gloria
en lid contra el invasor.
Ganad en la pátria historia
una página de honor.
Y si os toca sucumbir
en esta campaña fiera,
que pueda el mundo decir
que antes supisteis morir
que rendir vuestra bandera.
Y la española nación
cuando se duerma al arrullo
de glorias que eternas son,
recuerde con noble orgullo
á los hijos de Aragón.
A los que en lucha incesante
contra la nación francesa,
probaron con brio arrogante
que no hay fuerza que quebrante
la LEALTAD ARAGONESA.
(*Animación en el cuadro. Cae el telón mientras pasa la banda militar, cuya música se mezcla con la de la jota aragonesa que toca el pueblo.*)

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los Sres. *Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martin,* Puerta del Sol, 6; de *Don M. Murillo,* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado,* calle de Esparteros, 11; de *Gutemberg*, calle del Principe, 14; de los Sres. *Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano,* calle del Horno de la Mata, 3; y de los Sres. *Escribano y Echevaría,* plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta ADMINISTRACION acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.